

# LA FILOSOFÍA EMPIRISTA DE DAVID HUME

ARNOLD TEJEDA VALENCIA\*

## RESUMEN

---

La pasión por la filosofía, como la pasión por la religión, considera Hume, está expuesta a hacernos caer en la peligrosa contradicción de, por un lado, buscar la corrección de nuestro comportamiento y la expulsión de los vicios, de hecho, y, de otra forma, emplearla imprudentemente para fomentar una inclinación predominante para empujar la mente, con resolución, hacia una posición a la que ya de por sí tiende por predisposición del temperamento natural. Sin embargo, considera el mismo Hume, existe una clase de filosofía que parece estar poco expuesta a este peligro, al no ser compatible con la pasión desordenada de la mente humana, como tampoco mezclarse con emociones o propensión natural alguna. Se refiere él a la filosofía de la Academia o filosofía escéptica, la que pregona que toda pasión, salvo el amor a la verdad, jamás debe exagerarse. Y, en cierta medida, esto se convierte en bastión para quienes la han criticado por no adular pasiones irregulares y al oponerse a tantos vicios y locuras. Así, es tachada de libertina, profana e irreligiosa.

### Palabras clave:

Filosofía, empirismo, epistemología, Estado, ideas, impresiones, conocimiento humano.

## ABSTRACT

---

The passion for philosophy, as a passion for religion, Hume believes, that it is prone to get into the dangerous contradiction on the one hand, seek to correct our behavior and removal of faults, in fact, and, Otherwise, use it to promote a reckless predominant inclination to push the mind to resolve, to a position that is already predisposed to the natural temperament. However, Hume believes the same, there is a kind of philosophy which seems to be less exposed to this danger, not being compatible with the disordered passion of the human mind, nor mixed with emotion or a natural propensity. He refers to the philosophy of the Academy or skeptical philosophy, which preaches that all passion except love to the truth, never be overstated. And, to some extent, this becomes a bastion for those who have criticized him for not flatter and irregular in opposing so many vices and follies. So, is accused of libertine, profane, and irreligious.

### Keywords:

Philosophy, empiricism, epistemology, State, ideas, impressions, human knowledge.

---

\* Docente e investigador. Universidad del Atlántico.

El empirismo, como corriente epistemológica, surge cuando se plantea que el origen de nuestros conocimientos no se presenta en la razón, sino en la experiencia. Todo contenido del pensamiento, afirma, tiene ineludiblemente que pasar por los órganos sensoriales. Así, la mente es considerada como un papel en blanco y que sólo al hacer contacto nuestros sentidos con las cosas existentes en el mundo, empieza a grabar impresiones. Por ello Locke, uno de los representantes de esta corriente, ha manifestado:

Supongamos que la mente es, como nosotros decimos, un papel en blanco, vacío de caracteres, sin ideas. ¿Cómo se llena? ¿De dónde procede el vasto acopio que la ilimitada y activa imaginación del hombre ha grabado en ella con una variedad casi infinita? A esto respondo con una palabra: de la experiencia. En ella está fundado todo nuestro conocimiento y de ella se deriva todo en último término<sup>1</sup>.

Para el empirismo, de acuerdo con lo señalado, la tesis de las ideas innatas promulgada por el racionalismo es falsa. Si nosotros nacióramos ya provistos de las ideas nuestras facultades sensibles no tendrían ninguna razón de ser; por lo tanto, el aprendizaje en los hom-

bres no tendría, asimismo, sentido alguno. De esta manera, todos los hombres estarían identificados con las mismas verdades. Esto echa por tierra, al no ser así, de que existan las verdades innatas, ni los principios especulativos, ni los principios prácticos.

Como cuerpo teórico acerca del conocimiento, el empirismo, según lo planteado anteriormente, fundamenta que todo el cúmulo de ideas que poseemos en nuestras mentes tiene un doble origen. Por una parte, los órganos sensoriales externos nos ponen en contacto con las cosas, conduciéndolas, a manera de percepciones, a la mente. Este tipo de conocimiento ha sido denominado **sensación**.

Por otro lado, los sentidos internos –que son los que suministran los estados internos del individuo– se convierten en los formadores de la autopercepción, recibiendo el nombre de **reflexión**. Ahora bien: el conjunto de sensaciones internas como externas constituyen las **ideas simples**. Y, a su vez, la combinación de las ideas simples, ya sea separando, juntando o combinando las sensaciones, hacen surgir las **ideas complejas**.

Toda esta concepción de la filosofía empirista plantea la seguridad de la existencia del Yo, ya que la intuición o reflexión nos proporciona la máxima certeza en la captación de nuestros pro-

---

<sup>1</sup> LOCKE, John. **Ensayo sobre el entendimiento humano**. Citado por BARRAGAN, Hernando. **Epistemología**. Universidad de Santo Tomás, Bogotá, 1983, p. 47.

pios estados. Pero de Dios sólo podemos hablar a través de la demostración y de la causalidad, puesto que todo lo que ha empezado exige de una causa que la origine. Desde esta óptica, es muy del empirismo su rechazo a la metafísica al no admitir que se dé ninguna realidad detrás del mundo de los fenómenos. Esto entra a explicar la posición de Hume, cuando afirmó:

Saquemos un libro cualquiera de las bibliotecas, digamos acerca de teología o de metafísica escolástica y preguntémoslo: ¿Acaso contiene una secuencia de ideas sobre magnitudes o números? ¡No! ¿Acaso contiene una secuencia de ideas basadas en la experiencia sobre hechos y la existencia? ¡No! Entonces, echadlo al fuego, porque no contiene nada más que mistificación y engaño<sup>2</sup>.

Como para el empirismo el saber es extraído básicamente de la experiencia sensible, el valor de la ciencia es resaltado sólo en relación con la utilidad que ella proporcione. En este sentido, el empirismo y el utilitarismo se acercan en sus bases conceptuales.

### **Marco histórico-social del empirismo**

Inglaterra y Holanda constituyeron el escenario propicio para el desarrollo de la filosofía empirista por la toleran-

cia política y religiosa que manifestaron en el siglo XVII. Los holandeses habían obtenido su independencia de España, después de un largo proceso de lucha que tuvo como fondo el impacto de las contiendas religiosas, en el año de 1609, lo que fue ratificado posteriormente en 1648 con el tratado de Westfalia.

En Inglaterra, a pesar de las grandes rivalidades entre católicos y protestantes, no hubo intervención de ninguna potencia extranjera desde el punto de vista militar. Pero al igual que en Holanda se dieron procesos políticos, económicos y religiosos muy cercanos, producto del espíritu capitalista que los embargaba. Por eso debemos destacar que lo que se dio en esos dos países estuvo “inspirado por la tolerancia religiosa y la libertad económica. Es lo que históricamente se ha conocido con el nombre de liberalismo, doctrina que en la época en referencia sostenía que cada hombre debe saldar sus cuentas con Dios a su manera y el fanatismo es mal consejero para los negocios<sup>3</sup>.”

El liberalismo también combatió los privilegios de la aristocracia y la monarquía. En igual forma menospreció, por considerarlo ajeno a las propias leyes de la naturaleza, el derecho divino de los reyes. Muchos autores han sostenido que el surgimiento de esta nueva corriente del pensamiento liberó, a quienes la practicaron, de todas las tiranías políticas, religiosas, econó-

<sup>2</sup> OROZCO CANTILLO, Álvaro. *El saber filosófico*. Ed. Colombia Nueva, Bogotá, 1984, p. 156.

<sup>3</sup> *Locus cit.*

micas e intelectuales que hicieron caracterizar a la Edad Media.

La burguesía naciente, principalmente la proveniente de los mercaderes de la clase media, fue la que abrazó con mayor ahínco el nuevo espíritu liberal, ya que esto le permitía sentar unas bases más favorables en el camino hacia el enriquecimiento. De ahí el avance de la expansión comercial y la consolidación de la iniciativa privada. Ellos miraban con desconfianza la intervención del gobierno monárquico por ir en contra de sus intereses.

Mediante esta manera de pensar, el hombre del momento se preocupó por conocer las leyes de la naturaleza para contraponerlas a los postulados religiosos y políticos de la actualidad, y, de paso, para adecuarlas a su servicio, única garantía para alcanzar la libertad humana. Entre los intelectuales que lograron destacarse para esta época debemos mencionar, entre otros, a Hugo Grocio (1583-1645), Benedicto Spinoza (1632-1677) y Tomás Hobbes (1588-1679), quienes pregonaron unas inquietudes políticas y filosóficas que en alguna medida sirvieron para ser analizadas y complementadas por los filósofos enteramente empiristas, como David Hume, tema central de este escrito.

Para Grocio, por ejemplo, el derecho no descansa en la voluntad de Dios, sino en la naturaleza del hombre. De esta manera, la naturaleza es la prime-

ra fuente del derecho. Sin embargo, en su espíritu de no entrar en contradicción con la teología, hace la salvedad de que aún, cuando el derecho puede regir sin la existencia de un Dios, éste existe de todos modos, convirtiéndose en el creador de todo lo real, en el originador del derecho divino. Pero los grandes méritos de este pensador holandés lo hallamos cuando conceptúa sobre el Estado. De él se refiere, así:

El Estado es el resultado de la acción consciente de los hombres y surgió como consecuencia de un contrato (...) esta idea del carácter contractual de formación del Estado fue, en general, típica de la escuela del derecho natural. Por esa época desempeñó un papel progresista, por cuanto fue el arma ideológica de la burguesía en la lucha contra los feudales<sup>4</sup>.

Por otra parte, Hobbes, por sus concepciones filosóficas, fue representante del materialismo mecanicista. Consideraba que lo fundamental en el mundo es la materia, el cuerpo. El mundo está compuesto por las partículas más pequeñas que se puedan concebir: los átomos. Además, materia y conciencia existen de manera independiente. La materia no ha sido creada y tampoco desaparecerá, lo que le da el carácter de ser eterna y sólo es conocida mediante la acción de nuestros sentidos y la razón de los hombres. El mérito de

<sup>4</sup> POKROVSKI, V.S. y otros. **Historia de las ideas políticas**. Ed. Grijalbo, México, 1966, p. 171.

este gran pensador ha radicado, lo mismo que en Grocio y en Spinoza, en haber analizado el Estado, lo mismo que otros fenómenos de estricto contenido social, bajo el método científico-natural del conocimiento. Y en gran medida esta concepción metodológica fue de gran utilidad para el empirismo. **Acerca de las investigaciones sobre el conocimiento humano**

David Hume, filósofo inglés, nació el 26 de Abril de 1711. Su gran obra filosófica, según los historiadores de este saber, ha sido **Tratado sobre la naturaleza humana**, la que escribió durante su permanencia en Francia, país al que se trasladó con la intención de proseguir sus estudios jurídicos y filosóficos, siendo publicada dicha obra en el año de 1738. De regreso a Inglaterra, publicó sus **Ensayos morales y políticos**, en 1742, los que tuvieron una gran acogida. Para el año de 1748 fue publicado su libro las **Investigaciones sobre el conocimiento humano**<sup>5</sup>, donde reelabora en forma más sencilla la primera parte de su obra magna.

En su ciudad natal, Edimburgo, debido a sus grandes dotes intelectuales, fue nombrado bibliotecario en el año de 1752. Este cargo lo aprovechó para escribir la **Historia de Inglaterra**. Para este mismo año salió a la luz las **Investigaciones sobre los principios de la moral**, reelaboración de la segunda parte del "Tratado". Posterior-

mente salieron de su pluma, lo que afirma sus inquietudes de filósofo prolífico: la **Historia natural de la religión** (1757) y **Diálogos sobre la religión natural** (1779). Escribió, también, su **Autobiografía**, la que compuso antes de morir, hecho que ocurrió cuando gozaba de una vida reposada y sin problemas económicos, en Abril de 1776. **Sobre el origen de las ideas**

Para Hume todo el mundo debe admitir, sin reparos, que hay una considerable diferencia entre las percepciones de la mente cuando un hombre siente dolor al acercarse al calor excesivo; o el placer que proporciona un calor moderado con respecto a la evocación de esas sensaciones en nuestras mentes; o la anticipación de ellas en la imaginación. Estas facultades del hombre podrán imitar las impresiones de los sentidos, pero nunca podrán equipararse a la experiencia inicial. Lo que más podemos afirmar de estas facultades es que representan, por su manera tan vivaz, casi lo mismo de lo que sentimos realmente ante la acción del calor. Pero de todos modos, a no ser que nuestra mente esté transformada por alguna enfermedad o estado de locura, nunca pueden llegar a un grado tal de vivacidad como para hacer estas percepciones absolutamente indiscernibles de las sensaciones. Y esto lo sentencia Hume cuando expresa que, "incluso, el pensamiento más intenso es inferior a la sensación más débil"<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Sobre esta obra de Hume es donde nos hemos basado para el desarrollo del presente trabajo. De ella haremos un comentario de los Capítulos 2, 3, 4, 5 y 12.

<sup>6</sup> HUME, David. **Investigación sobre el conocimiento humano**. Ed. Alianza, Madrid, 1981, p. 32.

Con base en estas argumentaciones, Hume hizo dividir las percepciones de la mente en dos clases, de acuerdo con sus diversos grados de vivacidad. Las menos fuertes las llamó **pensamiento o ideas**; las más fuertes, carecen de un término estrictamente filosófico para denominarlas, pero, tomándose un poco de libertad, logra calificarlas como **impresiones**. Por ejemplo, cuando oímos, o vemos, o deseamos, etc.

Según la clasificación anterior, para Hume nada puede parecer, a primera vista, que el pensamiento del hombre pueda escapar de toda autoridad y poder humanos, sino que ni siquiera está encerrado dentro de los límites de la naturaleza y la realidad. Mientras, argumenta, el cuerpo está adscrito a un planeta, donde se debate con dolor y dificultad, el pensamiento, en breve tiempo, puede transportarnos a los puntos más recónditos del universo. Y no sólo eso. El pensamiento puede llevarnos, incluso, más allá del universo, al caos ilimitado, donde la naturaleza está en una confusión total. Hume considera que “nada está más allá del poder del pensamiento, salvo lo que implica contradicción absoluta”<sup>7</sup>.

Pero, a pesar que este filósofo hace aparentar que el pensamiento tiene una libertad ilimitada, seguidamente entra a plantear que, en realidad, éste está reducido a límites verdaderamente estrechos, pero que mediante el poder creativo de la mente él logra la facultad

de mezclar, transportar, aumentar o disminuir los materiales suministrados por los sentidos y la experiencia. Mediante unos ejemplos esboza este criterio:

Quando pensamos en una montaña de oro, unimos dos ideas compatibles: oro y montaña, que conocíamos previamente. Podemos representarnos un caballo virtuoso, pues de nuestra propia experiencia interna podemos concebir la virtud, y ésta la podemos unir a la forma y la figura de un caballo, que es un animal que nos es familiar<sup>8</sup>.

Según lo anterior, tratando de resumir lo expuesto por Hume, todas las cosas contenidas en el pensar se derivan de la percepción interna o externa. Pero cuando hacemos una mezcla y composición de esta percepción, sólo la mente es capaz de realizarla. O, como lo expresa el mismo filósofo, todas las ideas que poseemos son copias de las impresiones o percepciones nuestras. Y esto él trata de demostrarlo con los argumentos siguientes:

Primero, cuando entramos a analizar nuestros pensamientos o ideas, por muy compuestos que sean, encontramos siempre que se resuelven en ideas tan simples como las copiadas de un sentimiento o estado de ánimo prece-

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 34.

<sup>8</sup> *Locus cit.*

dente. Incluso, agrega, aquellas ideas que a primera vista parecen alejadas de este origen son el resultado, tras estudiárseles detenidamente, de ese estado de ánimo. Así, la idea de Dios –al representar un ser infinitamente inteligente, sabio y bueno– surge al reflexionar sobre las operaciones de nuestra propia mente y al aumentar indefinidamente aquellas cualidades de bondad y sabiduría.

En segundo lugar, si se presenta el caso de que el hombre por presentar algún defecto en sus órganos, no es capaz de alguna clase de sensación, encontraremos siempre, por esto, que es igualmente incapaz de las ideas correspondientes. De esta manera nos explicamos cómo los ciegos de nacimiento no pueden formarse idea alguna acerca de los colores, ni los sordos de los diversos sonidos. Pero si ciegos y sordos logran adquirir sus respectivos sentidos, se abre en ellos un nuevo cauce en sus conocimientos producidos por las nuevas sensaciones que están en capacidad de emitir.

### **De la asociación de las ideas**

Hume considera que es evidente que existe un principio de relación entre los diversos pensamientos o ideas de la mente. Ellas están, desde su punto de vista, conectadas de la siguiente manera: por semejanza, por contigüidad en el tiempo o en el espacio y, por último, por causa o efecto. Muchos pondrán en duda que estos principios sir-

ven para conectar ideas. Por ello se permitió ilustrar sus argumentaciones, de la siguiente manera:

Una pintura conduce, naturalmente, nuestros pensamientos al original (semejanza). La mención de la habitación de un edificio, naturalmente, introduce una pregunta o comentario acerca de las demás (contigüidad), y si pensamos en una herida, difícilmente nos abstenemos de pensar en el dolor subsiguiente (causa y efecto)<sup>9</sup>.

Pero, a pesar de las explicaciones anteriores, Hume considera que puede resultar difícil dejar satisfechos a los lectores, incluso a su propia satisfacción, cuando considera que esta enumeración es completa, y que no pueden existir más principios de asociación que éstos. En estos casos lo que debemos hacer es recorrer varios ejemplos y detallar meticulosamente el principio que une los distintos pensamientos entre sí, sin detenernos hasta que encontremos, de hecho, el principio tan general como sea posible. Por ejemplo, subraya, “contraste” o “contrariedad” presenta una conexión entre ideas, pero, quizás, pueda considerarse como una mezcla de “causa” y “semejanza”. Pero cuando dos objetos son contrarios, el uno destruye al otro. Entonces la destrucción es causa de la aniquilación, y la idea que nos provoca la aniquilación de un objeto nos lle-

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 40.

va a la idea de su existencia anterior. Cuantos más ejemplos consideremos y mayor cuidado tengamos, es mayor la seguridad que tendremos de que la enumeración llevada a efecto a partir del conjunto, es efectivamente completa y total.

### **Dudas escépticas acerca de las operaciones del entendimiento**

Todos los objetos de la razón e investigación humana, afirma Hume, pueden, de manera natural, dividirse en dos grupos, así: relaciones de ideas y cuestiones de hecho. Al primer grupo pertenecen las ciencias de la Geometría, el Álgebra y la Aritmética y, en resumen, toda afirmación intuitiva o demostrativamente cierta. Lo que no sucede con las cuestiones de hecho, los segundos objetos de la razón humana.

Para este filósofo inglés, todos nuestros razonamientos de las cuestiones de hecho parecen fundarse en la relación de causa y efecto, porque mediante ella podemos ir más allá de la evidencia de nuestra memoria y sentidos. Por ejemplo, expresa, un hombre que encontrase un reloj en una isla desierta sacaría la conclusión de que en algún tiempo hubo un hombre en esa isla. Y esto es dado de esta manera porque todos nuestros razonamientos acerca de los hechos son de la misma naturaleza, ellos presuponen constantemente que hay una conexión entre el hecho presente y el que se infiere de él. Pero, se pregunta, ¿cómo llegamos al conocimiento de la causa y del efecto?

Para responderse esta pregunta Hume afirmó, como proposición general que no admite excepción, que el conocimiento de esta relación, en ningún caso, se alcanza por razonamiento *a priori*, sino que surge enteramente de la experiencia, cuando hallamos que objetos particulares cualesquiera están constantemente unidos entre sí. Para un hombre bien dotado de razón y luces naturales ante un objeto para él desconocido, por ser enteramente nuevo, no puede descubrir causas o efectos de ese objeto, así haga el estudio más metódico del mismo. Luego, la proposición “las causas y los efectos no pueden descubrirse por la razón, sino por la experiencia”, se admitirá, sin ambages, con respecto a los objetos que alguna vez fueron desconocidos por nosotros, pero que hoy día ya no lo son.

Pero, para convencernos de que todas las leyes de la naturaleza, como todas las operaciones de los cuerpos sin excepción, son conocidas sólo por la experiencia, las siguientes reflexiones, quizás, sean suficientes para ello: si tuviéramos que pronunciarlos acerca del efecto de un objeto desconocido por nosotros, no dudamos que tendríamos que inventarlo. Y esto es una arbitrariedad. La mente nunca puede encontrar el efecto en la supuesta causa por el examen, así sea éste muy riguroso, ya que, pues, el efecto es totalmente distinto a la causa y, en consecuencia, no puede ser descubierto en él. El movimiento en una segunda bola de billar, a manera de ejemplo, es un suceso totalmente distinto del movi-

miento en la primera; como tampoco hay nada en la una que pueda ser el indicio, así sea mínimo, de la otra.

Ahora, como la invención en todas las operaciones de la naturaleza son arbitrarias –como ya lo habíamos hecho notar– mientras no se consulte la experiencia, de la misma manera también podemos estimar el supuesto enlace o conexión entre causa y efecto, que los une haciendo imposible que cualquier otro efecto pueda resultar de la operación de aquella causa. Cuando Hume observa que una bola de billar se mueve en línea recta hacia otra, él pudo concebir alrededor de cien acontecimientos, para citar un número, que bien han podido haber seguido igualmente aquella causa (¿No podría la primera bola volver a su lugar antes de tocar a la otra? ¿No podrían haberse quedado quietas ambas bolas?).

Estas suposiciones, como otras en el mismo sentido, son congruentes y pueden ser concebibles, pero ¿por qué, entonces, se pregunta, hemos de preferir una, que no es más congruente y concebible que las demás? El mismo da respuesta a su interrogante manifestando que ninguno de nuestros razonamientos a priori nunca podrá mostrar un fundamento consistente para explicar esta preferencia. En una palabra, todo efecto es un suceso distinto de su causa, y su hallazgo inicial o representación a priori, se basan en fundamentos enteramente arbitrarios. Es por esto, en cierta forma, por lo que podemos descubrir la razón, según Hume, del por qué ningún filósofo ha

intentado mostrar la causa última de cualquier operación natural, o exponer, con la claridad del caso, la acción de la fuerza que produce cualquier efecto singular en el universo. Y es que el mayor esfuerzo que puede realizar la razón humana consiste en reducir los principios productivos de los fenómenos naturales a una mayor simplicidad, como los muchos efectos particulares a unos pocos generales por medio de razonamientos apoyados en la analogía, la experiencia y la observación. Pero en lo que hace a las causas de estas causas generales, todavía no hemos quedado satisfechos con las explicaciones que hasta hora nos han dado. Estas fuentes y principios últimos están totalmente vedados a la curiosidad e investigación humanas.

### **Soluciones escépticas de estas dudas**

La pasión por la filosofía, como la pasión por la religión, considera Hume, está expuesta a hacernos caer en la peligrosa contradicción de, por un lado, buscar la corrección de nuestro comportamiento y la expulsión de los vicios, de hecho, y, de otra forma, emplearla imprudentemente para fomentar una inclinación predominante para empujar la mente, con resolución, hacia una posición a la que ya de por sí tiende por predisposición del temperamento natural. Así se refiere, de manera textual:

Mientras estudiamos con atención la vanidad de la vida humana y encaminamos todos nuestros pensamientos

al carácter vacío y transitorio de las riquezas y de los honores, quizá estemos tan sólo adulando nuestra indolencia natural que, odiando el ajeteo del mundo y la monotonía de los negocios, busca una apariencia de razón para permitirse una licencia total e incontrolada<sup>10</sup>.

Sin embargo, considera el mismo Hume, existe una clase de filosofía que parece estar poco expuesta a este peligro, al no ser compatible con la pasión desordenada de la mente humana, como tampoco mezclarse con emociones o propensión natural alguna. Se refiere él a la filosofía de la Academia o filosofía escéptica, la que pregona que toda pasión, salvo el amor a la verdad, jamás debe exagerarse. Y, en cierta medida, esto se convierte en bastión para quienes la han criticado por no adular pasiones irregulares y al oponerse a tantos vicios y locuras. Así, es tachada de libertina, profana e irreligiosa.

Pero Hume no se inmuta ante tales calificativos. Confirma que no debe temérsele a esta clase de filosofía por intentar limitar nuestras investigaciones a lo de la vida común, la que nunca podrá ser socavada al llevar tan lejos sus dudas como para destruir toda acción, incluyéndose la especulación. La naturaleza siempre mantendrá sus derechos, prevaleciendo sobre cual-

quier razonamiento abstracto. Ya en el segmento anterior hemos anotado como Hume considera que todos los razonamientos que parten de la experiencia de la mente dan un paso que no se justifica por ningún argumento o proceso de comprensión alguno, lo que hace explicar el por qué cuando un hombre que ha adquirido la experiencia suficiente como para haber observado qué objetos o acontecimientos están constantemente unidos, inmediatamente infiera la existencia de un objeto de la aparición de otro. Pero, a pesar de la experiencia que tiene al respecto, todavía no ha adquirido idea o conocimiento alguno acerca del secreto poder por el que un objeto produce el otro, lo que lo obliga, en este caso, a realizar dicha operación.

Pero esta operación sólo es posible de conseguirla mediante el principio de la costumbre o el hábito. En la medida que el hombre ejecute la repetición de un acto u operación particular propende a renovar el mismo acto u operación, sin que ningún razonamiento lo impulse a ser un efecto de la costumbre. Cuando Hume utiliza este término no pretende dar la razón última de tal propensión. Sólo indica un principio de la naturaleza humana, universalmente admitido y bien conocido por sus efectos. De esta forma, recalca una vez más, que todas las inferencias realizadas a partir de la experiencia son efectos, por tanto, de la costumbre y no del razonamiento.

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 63-64.

## De la filosofía académica o escéptica

Según Hume el mayor número de razonamientos filosóficos desarrollados hasta su época tienen como tema la demostración de la existencia de una deidad para refutar los falsos argumentos de los ateos, pero, sin embargo, los filósofos más religiosos discuten aún si cualquier hombre puede estar tan ciego como para especular con el ateísmo. Para ello se pregunta, ¿cómo podríamos reconciliar estas contradicciones? Sarcásticamente entra a plantear que “los caballeros andantes, que erraban por el mundo para librarlo de dragones y gigantes, nunca abrigaron la menor duda con respecto a la existencia de estos monstruos”<sup>11</sup>. Con esto nos hace introducir en el escepticismo de la filosofía.

Considera que el escéptico es otro enemigo de la religión, provocando la furia de todos los teólogos y filósofos más solemnes. Pero esto da para una pregunta, ¿qué se entiende por escéptico? Para responder, se remonta a Descartes. Según el citado filósofo, dice Hume, hay un escepticismo previo a todo estudio y filosofía, el que se convierte en una salvaguardia excelente contra el error y el juicio precipitado, aconsejando siempre una duda universal no sólo de nuestras opiniones y principios anteriores, sino también de nuestras facultades de veracidad para asegurarnos de una cadena de razonamientos deducidos a partir de algún principio original, el que no puede ser

engañoso. A este escepticismo, sin embargo, Hume no le da el suficiente crédito filosófico porque, según él, la duda cartesiana, por muchos razonamientos que establezca, no nos llevaría jamás a un estado de seguridad y convicción sobre tema alguno, pero sin dejar de reconocerle que cuando se da de una manera más moderada puede comprenderse en un sentido muy razonable, convirtiéndose en un preparativo necesario para el estudio de la filosofía al mantenerse la imparcialidad de nuestros juicios y rescatar nuestra mente de los prejuicios que hemos podido absorber, de pronto, por educación u opinión temeraria.

Pero para Hume hay otra clase de escepticismo, aquel que se da como consecuencia de la ciencia y la investigación. Este es manifestado cuando se supone que los hombres han descubierto lo engañoso de la naturaleza de sus facultades mentales o la incapacidad de éstas para determinar fijamente una posición en estos temas tan delicados desde el punto de vista especulativo. Este filósofo no insiste sobre los tópicos manejados por los escépticos contra la evidencia de la sensación, tales como los que se derivan de la imperfección y naturaleza engañosa de nuestros órganos sensoriales, por ejemplo: cuando observamos la imagen quebrada de un remo cuando es sumergido en el agua; las dobles imágenes que se producen cuando miramos con un ojo, al tener el otro cerrado; y la diversidad de apariencia de los objetos, según la

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 176.

variación de la distancia que nos separan de ellos. Así, como éstos, pueden darse muchos fenómenos de naturaleza semejante.

Para Hume los anteriores argumentos escépticos nos llevan a la demostración de no depender, implícitamente, de los meros sentidos, sino que debemos corregir su evidencia con el uso de la razón y por consideraciones derivadas de la naturaleza del medio, la distancia del objeto y la disposición del órgano, para que se haga, así, de estos sentidos los criterios adecuados sobre la verdad y la falsedad. Según lo expuesto, cuando los hombres siguen ese ciego instinto de la naturaleza suponen siempre que las imágenes presentadas por los sentidos son los objetos externos, no sospechándose que las unas no son más que representaciones de las otras. Nada puede estar en la mente de los hombres si no son imágenes o percepciones. Los sentidos sólo son conductos por los que se transmiten esas imágenes, sin que se dé un contacto inmediato entre la mente y el objeto. La mesa que vemos, como un ejemplo, parece disminuir de tamaño cuando nos alejamos de ella, pero la verdadera mesa, la que existe independientemente de nosotros, no sufre ninguna alteración. Y es que no se trata más que de su imagen, la que está presente en la mente.

Ahora, ¿con qué argumento puede demostrarse que las percepciones de la mente son causadas por los objetos externos, totalmente distintos de ellas, y no pueden surgir ni por la energía de

la mente misma ni por la sugestión de algún espíritu invisible y desconocido, o por alguna otra causa que no sea aún más desconocida? Ante esta pregunta que se plantea, Hume reconoce, de hecho, que en el caso de los sueños, la locura y otras enfermedades, muchas de las percepciones no surgen de nada externo. Pero si las percepciones de los sentidos pueden producirse por objetos externos que se asemejan a ellas, ¿cómo se resuelve esta cuestión? Hume acude nuevamente a la experiencia, pero no a cualquier experiencia, sino a una “experiencia silenciosa”. En este sentido, para él, la mente nunca tiene nada presente, sólo las percepciones, no pudiendo alcanzar experiencia alguna de su conexión con los objetos. Suponer semejante conexión, carece de fundamento en el razonamiento.

Otro tópico de la filosofía escéptica tratado por Hume se refiere a las cualidades sensibles de los objetos, como la dureza, el calor, la blancura, la negrura, las cuales son estrictamente secundarias. Ellas no existen en los objetos en sí, sino que son percepciones sin arquetipo o modelo externo que representar. De llegar a aceptarse semejante postura filosófica, con respecto a lo de las cualidades secundarias, también, por supuesto, ha de ser válido para las supuestas cualidades primarias de extensión y solidez, argumenta Hume. Las ideas de extensión y solidez son adquiridas, en su totalidad, por los sentidos de la vista o de la sensación. Las ideas de estas cualidades primarias no son alcanzadas por abstracción, lo que este pensador consi-

dera como absurdo, porque no puede concebirse una extensión que no sea tangible ni visible.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ABBAGNANO, Nicolás. **Historia de la filosofía**. Ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1973.

BARRAGAN LINARES, Hernando. **Epistemología**. Universidad de Santo Tomás, Bogotá, 1983.

FERRATER MORA, J. **Diccionario de filosofía**. Ed. Ariel, Barcelona, 1994.

HUME, David. **Investigación sobre el conocimiento humano**. Ed. Alianza, Madrid, 1981.

OROZCO CANTILLO, Álvaro. **El saber filosófico**. Ed. Colombia Nueva, Bogotá, 1984.

POKROVKI, V.S. y otros. **Historia de las ideas políticas**. Ed. Grijalbo, México, 1966.

QUINTANILLA, M.A. "El empirismo". En: Historia de la filosofía. Curso de orientación universitaria. Ed. Noguer, Madrid, 1985.